

Edición Nro 173 - Noviembre de 2013

Luisiana, 6-9-05 (Mario Tama/Getty Images North America/AFP)

LAS CÁRCELES “LOW COST” DE ESTADOS UNIDOS

Luisiana, prisionera de sus prisiones

Por Maxime Robin*

Con 2.300.000 presos, Estados Unidos es el país con la tasa de encarcelamiento más elevada del mundo. El sector penitenciario, que emplea a más personas que General Motors, Ford y Walmart juntos, hoy es un desafío económico de peso para la potencia norteamericana.

En 2012, y por tercer año consecutivo, disminuyó el número de presos en Estados Unidos: hoy hay unos treinta mil menos. Enfrentados a algunas dificultades presupuestarias, los estados ya no pueden permitirse el costo del sistema hipercarcelario, y ahora, en un consenso político poco habitual, republicanos y demócratas acordaron reducir el hacinamiento en las cárceles a nivel local. En California –un estado que, por sí solo, es responsable de la mitad de la baja registrada en 2012– o en Texas, llegó la hora de la reducción de las penas y las soluciones alternativas.

En Luisiana, por el contrario, un cheque sin fondos puede ser pasible de diez años de cárcel, y la pena para un ladrón reincidente sigue siendo de 24 años sin posibilidad de reducir la condena. En los últimos 20 años, la tasa de

encarcelamiento se duplicó, y llegó a un nivel desconocido en cualquier otro lugar del planeta. Más de 44.000 personas hoy viven tras las rejas –1 de cada 86 hombres–, el doble del promedio nacional y trece veces más que en China.

Más preocupante aun es que la supervivencia económica de regiones enteras depende de esas tasas elevadas de encarcelamiento. De hecho, a principios de los noventa Luisiana firmó una especie de pacto fáustico: frente a la superpoblación carcelaria, podía acortar las penas o construir más prisiones. Ganó la segunda solución. El estado, en déficit crónico, no fue capaz de hacerse cargo de su construcción, y los sheriffs de los condados rurales fueron invitados a construir y administrar las cárceles locales, llamadas *parish jails*.

A cambio de una inversión que para la escala de cada condado resulta onerosa, Luisiana reembolsa a los sheriffs el costo de manutención de cada prisionero, que hoy en día asciende a 24,39 dólares por día. A modo de comparación, un hombre encarcelado en una prisión del estado de Luisiana le cuesta al contribuyente unos 55 dólares. Mientras hay sólo 12 centros penitenciarios estatales (especializados en penas muy largas), hoy hay 160 prisiones repartidas en condados recónditos, como Acadia, Bienville, Beauregard o Calcasieu.

Estas instituciones crean puestos de trabajo y la población rural, que se vio seriamente afectada por la crisis del algodón, depende directamente de ellas. “En estos rincones aislados, con una economía en crisis, la prisión se ha convertido en un negocio”, explica Burk Foster, criminólogo y profesor invitado de la Universidad de Luisiana, en Lafayette. Para muchas personas, la mejor perspectiva laboral es convertirse en guardia: aunque mal pagado (8 dólares por hora), este trabajo al menos ofrece una buena jubilación.

La tasa de ocupación de camas debe mantenerse elevada para garantizar la máxima rentabilidad de la inversión. De lo contrario, la prisión perdería su rentabilidad y podría echar a sus guardias, o incluso cerrar. “Es casi como construir un hotel. Para garantizar la rentabilidad, los sheriffs deben mantener las camas ocupadas”, asegura Cindy Chang, ex periodista de *Times Picayune*. Así es como los jefes de la guardia de seguridad de cada *parish jail* todos los días hacen una ronda de llamados telefónicos para ir a buscar detenidos a las cárceles superpobladas de las grandes ciudades, como Nueva Orleans o Baton Rouge. Estas transferencias de presos se basan principalmente en el boca a boca, el amiguismo entre los jefes de cada guardia. En algunos centros penitenciarios del interior del estado, el sistema está tan bien aceitado que no se necesita de las llamadas para obtener una entrega. “Odio hacer dinero a costa de los pobres –dice el sheriff Charles McDonald, dueño de la penitenciaría de Richland, un condado de veinte mil habitantes en el norte del estado–. Pero si van a la cárcel, que vayan a la mía...”

Sin alternativa

Hace 25 años que el estado no construye una sola prisión, y estas penitenciarías *low cost* del interior hoy albergan a más de la mitad de los condenados de Luisiana. Los gastos por recluso se redujeron al mínimo, lo que deriva en pésimas condiciones de vida. “Tras descontar los gastos de mantenimiento, los sueldos de los guardias y las ganancias del sheriff, no queda mucho para los presos –asegura Foster–. Duermen en grandes dormitorios comunes con decenas de camas, hasta ochenta por dormitorio. Los gastos en alimentos son ínfimos y el cuidado médico es inexistente.”

En teoría, estos establecimientos están destinados a penas inferiores a un año, pero en los hechos la duración promedio de la estadía es de ocho años y medio. Casi uno de cada cinco presos cumple una condena de más de once años, sin ninguna esperanza de formación (1). En Luisiana, paradójicamente, las políticas de reinserción quedan reservadas a aquellos condenados a penas muy largas o cadena perpetua. En las viejas prisiones estatales, los internos reciben programas de ayuda psicológica y médica, recreación y reinserción laboral. La cárcel de Avoyelles organiza anualmente un rodeo abierto al público; la de Angola, donde la mayoría de los prisioneros fueron condenados a cadena perpetua sin libertad condicional, ofrece formación como mecánico o gasista. Pero nada de eso existe en los establecimientos de los sheriffs. “En Luisiana, la reinserción está destinada casi exclusivamente a aquellos que nunca saldrán del mundo carcelario”, se lamenta Dana Kaplan, de la ONG Juvenile Justice Project of Louisiana.

Con el dinero de su prisión, los sheriffs –elegidos por el pueblo de Estados Unidos– invierten en nuevos equipos para sus cuadrillas: autos, armas, computadoras, chalecos antibalas... Es difícil calcular con exactitud sus márgenes de ganancias. Con un presupuesto diario que no llega a 1,50 dólares por recluso para las comidas y los magros fondos

destinados a la recreación y la reinserción, lo cierto es que el costo diario es inferior a los 24,39 dólares que paga el estado. Ni siquiera si se cuentan el boleto de autobús y los 10 dólares que generosamente se le ofrece a cada prisionero el día de su liberación.

1. Louisiana Department of Correction, Baton Rouge, enero de 2013.

* Periodista.

Traducción: Mariana Saúl